

## La reforma moral como reforma de la imitación en Malebranche

Mario Donoso Gómez  
Universidad París 8  

<https://dx.doi.org/10.5209/ref.92817>

Recibido: 1/12/2023 • Aceptado: 18/6/2024

**Resumen:** una de los ejes de la antropología malebranchiana es la imitación de las pasiones. Esta imitación, presentada bajo la forma de contagio, consiste en la reproducción de las pasiones ajenas, lo que conlleva la producción de lazos sociales fuertes entre los hombres. Aunque la imitación contagiosa, para Malebranche, es paradigma de la alienación, sobre todo ante la razón y la religión, el mecanismo mimético tiene otra función en el sistema: es en torno a la imitación que se lleva a cabo la reforma interna, reforma por la cual los hombres, corrigiendo el amor propio, se enlazan entre ellos de manera racional y se siguen las pautas de un Dios cristiano convertido en modelo de conducta.

**Palabras clave:** imitación; pasiones; contagio; mimetismo; semejanza; razón; reforma; ética.

### ENG Moral reform as a reform of imitation in Malebranche

**Abstract:** One of the axes of Malebranchian anthropology is the imitation of passions. This imitation, presented in the form of contagion, consists in the reproduction of the passions of others, which leads to the production of strong social bonds between men. Although contagious imitation is the paradigm of alienation, especially in the face of reason and religion, the mimetic mechanism has another function in the Malebranchian system: it is around imitation that internal reform is carried out, a reform by which men, correcting their self-love, become linked among themselves in a rational manner and follow the guidelines of a Christian God who has become a model of conduct.

**Keywords:** imitation; passions; contagion; mimetism; similarity; reason; reform; ethics.

**Sumario:** 1. Introducción; 2. Imitación y contagio; 3. ¿Cómo salir del contagio para acercar a los hombres a Dios?; 4. La imitación a Dios; 5. Reforma del mimetismo; 6. Conclusión; 7. Referencias bibliográficas.

**Cómo citar:** Donoso Gómez, M. (2025) "La reforma moral como reforma de la imitación en Malebranche", *Revista de Filosofía* 50 (2), 335-344.

## 1. Introducción

La imitación de las pasiones o de los afectos es uno de los pilares de la antropología de influencia cartesianas en el siglo XVII. Este tipo de imitación, ligada más bien al contagio que a la mimesis aristotélica, tiene una larga trayectoria filosófica desde los comentarios medievales sobre la simpatía –cuyo origen, aunque el término parece no ser aristotélico, se encuentra en los *Problemas de Aristóteles* (Delaurenti, 2012)– hasta la filosofía natural del siglo XVI. Dejando de lado las diferencias terminológicas en torno a esta forma de mimesis (Foucault, 1966: 34), cabe señalar que en el siglo XVII, al quedar la simpatía reducida a un simple efecto de la imaginación<sup>1</sup>, la imitación cobra un especial protagonismo. Su importancia es tal que Malebranche llegará a decir que “de su conocimiento depende la explicación de todas las cosas que guardan relación con el hombre” (Malebranche, 2006a: 279). La imitación, dejando de lado la dimensión cosmológica de la filosofía natural, pasa a convertirse en uno de los mecanismos claves para explicar los comportamientos humanos.

La imitación como base de la antropología post-cartesiana (Gueroult, 1997) parte de una breve anotación en el *Traité de l'homme* donde, apenas sin desarrollar, Descartes describe la tendencia mimética propia de la máquina-cuerpo (Descartes, AT XI 185 1-6); esta tendencia (Koch, 2009) se extiende por el *milieu* cartesiano gracias a los comentarios de Louis de La Forge (La Forge, 1999), quien de manera abundante completa las escuetas anotaciones de Descartes introduciendo una serie de elementos que van a ser reapropiados posteriormente por autores como Malebranche, pero también por François Lamy, Spinoza o, más adelante, por La Mettrie entre otros. Para estos autores, de manera general, la imitación es comprendida como el dispositivo que hace que los hombres, al reproducir miméticamente las pasiones que los otros sienten, se liguen afectivamente en una comunidad pasional marcada por una semejanza factual que, al igual que permite el desarrollo de la cooperación y la sociabilidad, constituye el terreno del deseo muchas veces conflictivo de distinción.

Esta tendencia mimética, clave en la concepción malebranchiana del hombre, no está exenta de problemas. Por un lado, la imitación, asociada al contagio, aparece como una de las mayores causas de deviamiento en el hombre, pues, aunque genera lazos sociales, cuya importancia Malebranche no dejará de subrayar, produce también una suerte de aturdimiento moral que al apegarnos a las dinámicas del amor propio y al orgullo nos separan de la sociedad con Dios. Por otro lado, la imitación, con lo que este término conlleva, es uno de los pilares que sirven en Malebranche para articular una conducta adecuada, una forma de comportamiento que, aunque no está del todo gobernado por la razón, tiene una funcionalidad análoga, como si fuera racional en virtud del modelo a imitar, que es Jesucristo.

¿Hasta qué punto esta última tendencia puede llevarnos a afirmar la existencia, en Malebranche, de una ética de la imitación? Para Jean-Pierre Osier, cuyas notas comentan y explican con precisión y erudición el *Traité de Morale*, “su moral [de Malebranche] no es imitativa, pues la imitación conlleva un elemento pasional e imaginativo que excluye la Razón como objeto de la virtud” (Malebranche, 1995: 411 notas). Osier va más lejos en su denegación del papel de la imitación y afirma, en una comparación con Kant, que en la moral malebranchiana la imitación no tiene ningún papel (Malebranche, 1995: 411 notas). Sin embargo, una buena parte del *Traité de Morale*, en especial la segunda, gira en torno a Jesucristo como modelo, pero también a Dios como modelo, puesto que, para Malebranche, esta moral no es sino un “hacerse semejantes” <devenir semblables> a Dios (Malebranche, 1995: p. 231). ¿Cómo negar el papel de la imitación en una moral articulada en torno al hecho de hacerse semejantes a un modelo divino?

El propósito de este artículo es mostrar como la moral malebranchiana se estructura en términos miméticos, tanto en la relación señalada con Dios, modelo de conducta, como en la relación con los otros. Para ello, hemos de distinguir dos formas de imitación, aunque matriz sea la misma, pues, a pesar de que Malebranche no las distingue abiertamente, dan lugar a dos prácticas opuestas, la primera hundiendo a los hombres en la fascinación de un pecado teatralizado y un contagio mimético que los aleja de Dios; la segunda, en una forma de imitación que, aun tratándose del mismo mecanismo que atraía hacia el pecado, es capaz de dirigir y conducir a los hombres, en virtud del modelo divino, hacia un comportamiento quasi racional. Entre las dos posturas, lo que está en juego es una reforma de la imitación, una ética de la imitación.

## 2. Imitación y contagio

En *De la Recherche de la Vérité*, el mimetismo es el pilar de la antropología malebranchiana, pues es el mecanismo desde el cual mejor se explican los comportamientos humanos. Esta “communication contagieuse” (Malebranche, 2006a: 356), o simplemente “contagion” (Malebranche, 2006a: 354) aparece ya

<sup>1</sup> “Les hommes ont par habitude, dans tous les cas où ils reconnaissent quelque ressemblance entre deux choses <aliquam similitudinem inter duas res agnoscunt> de juger des deux à la fois, même sur le point qu'elles diffèrent, en leur appliquant ce qu'ils ont reconnu pour vrai de l'une d'elles ». Descartes, René. *Règles pour la direction de l'esprit*, in AT X 359, 8-11).

en la formación del feto en el vientre de la madre. Cabe distinguir, en *De la Recherche*, dos formas de mimetismo, el primero, cuando entre el modelo y el imitador no hay separación; el segundo, cuando no hay una continuidad física sino una distancia entre el modelo y el imitador. El ejemplo del feto, ampliamente desarrollado por Malebranche, es paradigmático de la primera forma de mimetismo: el feto recibe las impresiones de la madre, en virtud de la continuidad corporal entre los dos, y con ellas recibe las mismas pasiones y sentimientos que la madre siente<sup>2</sup>. Por ello, la composición pasional del niño empieza a forjarse en el vientre de la madre<sup>3</sup>. La segunda forma de mimetismo, llamada abiertamente imitación, se produce entre personas semejantes cuyos cuerpos no están unidos como el feto a la madre.

La imitación consiste en la reproducción de pasiones y juicios ajenos, transmitidos por los otros, de manera no verbal, gracias a su capacidad expresiva, lo que Malebranche llama, en un lenguaje muy común en la Francia del XVII, “airs et manières” (La Rochefoucauld, 2002). Esta forma de comunicación pasional es descrita de manera gráfica como “entrar en” <entrer dans> los sentimientos y en las pasiones del otro. Se trata de una especie de penetración afectiva (Hume, 2005 y Smith, 2009) que permite sentir lo que el otro siente y compartir sus pasiones tejiendo de este modo un vínculo afectivo. Este vínculo es la base de la socialización ya que:

Cuando un hombre no tiene esta disposición del cerebro para entrar en nuestros sentimientos y nuestras pasiones, es incapaz por su naturaleza de ligarse a nosotros, y de hacer el mismo cuerpo; se parece a esas piedras irregulares, que no pueden encontrar su lugar en un edificio, porque no se pueden alcanzar con los demás (Malebranche, 2006a: 354).

La explicación de este fenómeno de imitación, según Malebranche, tiene dos vertientes, una fisiológica, la otra finalista. Malebranche da cuenta de esta imitación afirmando la existencia de “muelles en nuestro cerebro que naturalmente nos llevan a la imitación” (Malebranche, 2006a: 279) Como en Descartes, la imitación se da, ante todo, a nivel corporal, en el plano de la máquina. De hecho, en el *Traité de Morale*, se afirma abiertamente que las máquinas están hechas para imitarse entre ellas (Malebranche, 1995: 282). Este “étant faites”, que marca una necesidad abiertamente afirmada en *De la Recherche* (“pues ella [la imitación] es necesaria a la sociedad civil”), introduce una cierta forma de finalismo desarrollada explícitamente más adelante: la imitación se produce “con el fin de que los hombres se unan” (Malebranche, 2006a: 279). ¿Ahora bien, de donde viene esta necesidad?

Esta necesidad tiene dos vertientes, una social, otra teológica. Acerca de la primera vertiente, es necesario, para que tenga lugar la sociedad, que esta tendencia natural exista: “los hombres se necesitan unos a otros, y que están hechos para componer varios cuerpos juntos, todas las partes de los cuales tienen una correspondencia mutua entre ellos” (Malebranche, 2006: 353). Hay una necesidad natural en los hombres a unirse, necesidad que contrasta con la insociabilidad hobbesiana. Las bases de la antropología social malebranchiana se encuentran en esta disposición al mimetismo que no existe en Hobbes, donde lo que prima, no habiendo un mecanismo natural que invite a la cooperación, es el conflicto (Montag, 2007). Es más, cabe señalar que para Malebranche, uno de los comportamientos que, en su siglo, son considerados como altamente conflictivas, como es el hecho de la grandeza y elevación de los hombres, siempre a costa de los otros, forma parte de una tendencia social muy compleja que se explica por la imitación: los hombres quizás odian a los grandes, a los superiores, pero secretamente los imitan; esta imitación, que en otros autores como Gracián, para distinguirla, se llama emulación (Gracián, 1967: 31), es en Malebranche el motor de todo comportamiento humano, desde los movimientos más básicos, como andar o hablar, hasta las tendencias sociales más complejas como la moda (Malebranche, 2006a:355).

La segunda vertiente es teológica: Dios ha puesto esta disposición imitativa en los hombres para, a pesar de todos los problemas que este contagio conlleva – problemas sobre los que insistirá sobre todo en el *Traité de Morale*– puedan conservar las bases de la sociabilidad así como un mínimo de caridad, aunque desviada. Dios ordena la caridad entre los hombres para asegurar la ayuda mutua y la cooperación; pero esa caridad se apagaría por culpa del amor-propio; por ello,

porque el amor propio podía extinguir gradualmente la caridad y romper así el nudo de la sociedad civil, ha sido para conservarlo que Dios une a los hombres por lazos naturales que subsisten en ausencia de la caridad y que interesan al amor propio (Malebranche, 2006a: 353).

Así pues, la sociabilidad mimética es una mezcla entre una caridad desviada, pero cuya matriz puede recuperarse, y un amor propio que, aun siendo conflictivo, necesita de los otros para mantenerse, impidiendo así una ruptura total con los otros y un conflicto abierto como en el estado de naturaleza hobbesiano.

<sup>2</sup> “On à ce me semble raison de penser que les mères sont capables d'imprimer dans leurs enfants tous les mêmes sentiments dont elles sont touchées, et toutes les mêmes passions dont elles sont agitées. Car enfin le corps de l'enfant ne fait qu'un même corps avec celui de la mère, le sang et les esprits sont communs à l'un et à l'autre : les sentiments et les passions sont des suites naturelles des mouvements des esprits et du sang, et ces mouvements se communiquent nécessairement de la mère à l'enfant”. (Malebranche, 2006a: 278).

<sup>3</sup> Transmisión muy importante, pues sirve a su vez para explicar la trasmisión del pecado, clave en la antropología malebranchiana (Malebranche, 2006a: 288-290).

Se produce un equilibrio complejo entre dos tendencias opuestas que, mezcladas entorno a una matriz mimética, no pueden separarse: cooperación y conflicto van siempre unidas, en un juego de ciclos y de cambios, sin poder desligarse definitivamente. Desde esta perspectiva antropológica, Malebranche analiza los juegos del poder, como sostiene Denis Moreau, como si se tratara de una “sociología de imágenes y posturas” (Moreau, 2004: 57).

Entre el *Traité de Morale* y *De la Recherche de la Vérité*, hay una diferencia no solo de tono, en lo que concierne a la imitación, sino de forma. Es de señalar que en dicho tratado Malebranche nunca nombra “imitación” a la tendencia de los hombres a imitarse entre ellos, a compartir sus pasiones y juicios entrelazándose en una mezcla indistinguible de sociabilidad colaborativa y amor-propio conflictivo; la llama únicamente contagio. En el mismo tratado, aunque se reconoce la importancia de la socialización, Malebranche no deja de oponer la sociedad con los hombres a la sociedad con Dios, como siendo incompatibles una con la otra. Designada con el término “contagio”, esta imitación es una forma de imaginación que transpone junto con las pasiones particulares una disposición subjetiva, una especie de certeza ciega, embelesada, que crea una convicción carente de fundamento. Esta producción de convicción, que se explica por la imaginación fuerte del modelo, hace que los imitadores, convencidos, reproduzcan los mismos aires y maneras que el modelo, en una especie de repetición alienante que recuerda a la que tan crudamente describe en sus *Máximas* La Rochefoucauld (La Rochefoucauld, 2002: 465). Malebranche sostiene que “su aire y sus modales esparcen, por así decirlo, convicción y certeza <*la conviction et la certitude*>”; esto ocurre por la manera que tienen de apasionarse, que hace “que cuando uno no vuelve hacia dentro de sí mismo <*ne rentre pas en soi-même*> a confrontar lo que dicen con las respuestas de la verdad interior, cosa muy difícil de hacer en su presencia, uno recibe sus sentimientos, no digo sin examinar sus pruebas, digo incluso sin comprender estos sentimientos” (Malebranche, 1995: 198).

Esta incapacidad a entrar en nosotros mismos se debe a que el espacio del sí mismo, de nuestra interioridad, está ocupado por el otro, por el modelo, y por sus sentimientos y sus actitudes que, con convicción, por mimetismo, hemos interiorizado. Este juego de penetración afectiva es una de las marcas más sobresalientes de la alienación, no solo para quien se deja “entrar” en sí, sino también para quien entra. Para el primero, es signo de dominación, como en La Rochefoucauld, pues no hace sino lo que el otro, viendo a la manera del otro, siguiendo su modelo; es de señalar, a la luz de lo anteriormente afirmado, que esta alienación, reprobable moralmente, tiene, sin embargo una importancia capital en la formación de los procesos sociales, pues da lugar al habla y al andar entre otros comportamientos propios del hombre. Para el segundo, es síntoma de la peor actitud que un hombre puede tener, un orgullo desbordado que le hace buscar la adoración en los demás, como si de un Dios se tratara (Malebranche, 1995: 197).

La imitación, socialmente útil, no hace sino desinteriorizar al hombre; se trata de una especie de injerto externo que impide al hombre, poseído de alguna manera por otro, entrar en sí mismo, encontrarse consigo mismo en una interioridad que, en el *Traité de Morale* especialmente, es el espacio de la razón. Esta posesión aleja completamente al hombre de Dios, pero también del prójimo, pues no hace sino entretener un juego de sombras, las de una imaginación alienante que, en busca de sensaciones y de convicciones con las que alimentar su amor-propio, se desborda en un insensato sentimiento de orgullo frente a Dios.

### **3. ¿Cómo salir del contagio para acercar a los hombres a Dios?**

La primera cuestión a tratar, para pensar una reforma ética de la imaginación, es la posibilidad de regular las relaciones miméticas con los otros. La importancia de la imitación en la antropológica malebranchiana es capital, pues de ella se deduce prácticamente todo comportamiento humano. A pesar de la virulencia con la que el contagio mimético es desprestigiado en el *Traité de Morale*, una forma de mimetismo sigue operativa en otros planos, como en el ético, esto es, en las prácticas que se establecen entre los hombres que, dejando de lado la imaginación, se entrelazan de manera racional.

El punto de partida para comprender la cuestión del otro y su relación con él es el contagio mimético. Aunque en Malebranche no se formule de manera tan tajante como en Spinoza, la hipótesis de partida es la misma (Spinoza, 2020: 222): los hombres quieren ser modelo de los demás, siendo de este modo tratados como superiores, como semidioses llenos de orgullo. En términos girardianos, podría decirse que los hombres, en Malebranche, buscan ser originales, esto es esconder la imitación que les constituye para presentarse ante los otros como modelos únicos (Girard, 1990: 410). Se va tejiendo, desde este postulado, una compleja red de relaciones miméticas en las que los hombres se vanaglorian de ser modelos de los demás, pero al mismo tiempo no dejan de imitar inevitablemente a los otros, pareciéndose a ellos; se crea así un denso tejido donde al final, gracias a los juegos de la reciprocidad mimética, todo el mundo puede considerarse modelo del modelo convirtiéndose en modelo-obstáculo, por utilizar los términos de Girard (Girard, 1990: 413). Sin embargo, hay una figura problemática, una figura que, por razones evidentes para Malebranche, no participa en este corrompido comercio de pasiones: los hombres rectos, “*les gens réglés*”. Estos hombres rectos, al no participar en este tipo de comercio, ponen en cuestión, rompiendo el equilibrio de la reciprocidad, a los depravados <*débauchés*> que gozan con estos intercambios; esto es

así hasta tal punto que los depravados consideran que estos hombres son “como perseguidores” y evitan formar sociedad con ellos (Malebranche, 1995: 283). Sin embargo, Malebranche no se resigna a la soledad de los hombres rectos sino que se lanza a la conquista de los depravados para atraerlos en la medida de lo posible hacia el camino recto.

Malebranche propone “servirnos de la concupiscencia y de su amor propio para moderar sus pasiones [las de los depravados] y favorecer en ellos la eficacia de la gracia de JESUCRISTO” (Malebranche, 1995: 323). La fórmula es paradójica: utilizar lo que los ata a las pasiones y los aleja de Cristo precisamente para alejarlos de las pasiones y acercarlos a Cristo. La paradoja se hace más profunda cuando Malebranche esboza la manera de llevar a cabo este propósito: para convertir a los demás, nada mejor que ser amado por ellos. Hay que buscar ser amado por los demás, volverse amable, para modificarlos, haciendo nacer en ellos la luz de la verdad: “Se trata de parecerlo, de que los demás piensen que serán felices con nosotros” (Malebranche, 1995: 332). Se trata, en definitiva, de hacerse modelo de los demás, hacer que nos sirvan. El método de conversión de Malebranche, no difiere del método que utilizan los depravados para atraer hacia ellos a los demás. Para crear esta sólida amistad, fundada en la razón y fortalecida en la religión (Malebranche, 1995: 328) Malebranche afirma que hay que hacer exactamente lo mismo que aquellos que, por la fuerza de la imaginación, contagian a los demás de sus pasiones: “delante de ellos hay que excitar en nosotros los movimientos que se hacen naturalmente sentir a los otros por el aspecto *<air>* que esparcirán en nuestro rostro” (Malebranche, 1995: 328).

El procedimiento es explicado detalladamente por Malebranche, solo que partiendo del otro como modelo y de nosotros como depravados. “Tal vez nuestro igual nos dé un gran ejemplo de virtud, si está dispuesto a someterse a nosotros”; así pues, podríamos admirar su humanidad y con ello comportarnos como al “imitar[lo] naturalmente y por orgullo, porque a menudo los más orgullosos son los más civiles y honrados” (Malebranche, 1995: 325). Ahora bien, si lo que el otro quiere es que todos lo amemos, “debe hallar nuestra injusta y soberbia concupiscencia”. Es en esta situación donde, con habilidad, el otro puede producir el cambio en nuestro comportamiento sin faltar a los deberes de la reciprocidad, sin los cuales el vínculo amistoso se rompería:

Entonces, aunque parezca menos sujeto a nuestras voluntades, será más apto para hacerse amigo nuestro: y cumplirá perfectamente sus deberes para con nosotros, si aprovecha la entrada que le daremos en nuestra mente por el lugar que nos dará en la suya, para sacrificar en nosotros nuestra concupiscencia y hacer reinar en ella el orden inmutable de la justicia. (Malebranche, 1995: 325).

¿Cuál es entonces la diferencia entre el contagio y esta forma de proselitismo afectivo? La primera gran diferencia se encuentra en el estatus del modelo: buscamos ser amados y en cierta medida imitados, pero no para engrandecer nuestro orgullo, sino por el bien de los otros. Esta puesta en escena que, como un anzuelo, busca atraerse a los demás hacia sí no tiene otro propósito que el hacer nacer en ellos las luces de la razón y el camino de la religión, aunque no la gracia (Malebranche, 1995: 332). La segunda gran diferencia se encuentra en el estatus del otro: al otro no se lo menosprecia, no se lo trata como un inferior ante nosotros, semidioses ejemplares, como ocurre en el contagio; al otro se le trata con dignidad, con estima y con respecto, tratándolo como un semejante, pues, como nosotros, es semejante a Dios (Malebranche, 1995: 322). Para ello hay que mostrar al otro, con nuestros “airs et manières” los sentimientos caritativos que tenemos para con él (Malebranche, 1995: 326).

El mimetismo, en la relación con los demás, se convierte en una especie de *pharmakon*, veneno y remedio de toda una antropología marcada por un amor-propio que aleja a los hombres de Dios, pero que no deja de ser la huella, aunque corrompida por el pecado, del amor verdadero hacia Dios. Del mismo modo que el amor-propio puede reformarse, como se afirma al final del tratado, no dejando de amarse, sino dejando de amarse mal, la imitación puede reformarse, dando lugar a una suerte de imitación aclarada paralela al “*amour propre éclairci*” (Malebranche, 1995: 342). Es más, la reforma del primero no puede darse sin la reforma del segundo: o bien reformamos nuestro amor-propio gracias a la acción del otro, como hemos visto, de manera mimética, o bien lo hacemos bajo otra forma de imitación que será desarrollada a continuación.

#### **4. La imitación a Dios**

El proyecto del *Traité de morale* es la elaboración de una especie de ciencia ética, proyecto problemático en su época, como señala Craig Walton (Walton, 1972: 11). Malebranche necesita asegurar la inmutabilidad de los principios morales y de hacerlos accesibles a los hombres; para ello los sitúa en la Razón divina que, como indica Raffaele Carbone, legitima tanto las ciencias de evidencia como la moral (Carbone, 2007: 315). Ahora bien, este proyecto moral, a pesar de sus bases científicas, no puede entenderse sino a la luz de una praxis mimética sobre la que se insiste en el tratado.

Las bases de una moral estructurada en torno a la imitación del modelo divino se encuentran expuesta en *Réponse générale du P. Malebranche aux Lettres que le P. Lamy lui a adressées*, donde se insinúan dos posiciones antagónicas. La primera, posición arrogante del pecador que quiere pensar a Dios tomándose

a si mismo como modelo. "Explicar a Dios desde si mismo" <*rappor à Dieu sur soi*> (Malebranche, 1923: 297) consiste en hacer que Dios se constituya a imagen del hombre, hacer un Dios modelado por el hombre. "Es querer locamente que el modelo inmutable y necesario se conforme a su imagen corrompida, haciéndola feliz contra el orden esencial de la justicia" (Malebranche, 1923: 297). La otra posición, que no se desarrolla abiertamente en la correspondencia con Lamy, aunque no deja de mencionarse (Malebranche, 1923: 201), es la de tomar como modelo a Dios. Como establece en las *Entretiens sur la métaphysique et sur la religion*, para ser perfectos como el padre celestial hay que formarse en el "modelo que nos ha dado en su Hijo" (Malebranche, 1922: 271), Jesucristo, del que se dice que es "nuestro conductor y nuestro modelo" (Malebranche, 1922: 10) que es la luz de la razón universal en el mundo (Malebranche, 1922: 10).

Donde se expone esta posición abiertamente es en el *Traité de Morale*. La imitación de Jesucristo, especialmente en la segunda parte del *Traité de Morale*, es uno de los ejes de lectura del *Traité de morale*. Aunque no se aborda metódicamente, este tópico de la literatura cristiana reaparece constantemente en las líneas del tratado. La formulación más clara, su explicación más precisa, es formulada por Malebranche en estos términos: los hombres estamos corrompidos por el pecado y por la ignorancia y deseamos, movidos por el orgullo, tener admiradores e imitadores, esto es ser tenidos por modelo de los demás, como si fuéramos dioses. ¿Cómo salir de este ciclo mimético? Apagando el deseo de ser modelo de los demás y reformándonos, esto es reconociendo al verdadero modelo, Jesucristo:

Reformémonos en nuestro modelo: éste se ha hecho semejante; podemos hacernos semejantes a él. Ahora está a nuestro alcance; es proporcional a nuestra debilidad. Aun está, por así decirlo, delante de nosotros; abramos los ojos para verlo (Malebranche, 1995: 244).

Cristo, la Razón encarnada, se hace modelo sensible, modelo que puede constatarse por los sentidos; un modelo en cierta medida semejante a nosotros, humano, como nosotros, que nos permite un acercamiento más fácil a la virtud. En efecto, es más fácil reconocerse en Jesucristo y seguirlo como modelo, que hacerlo en un orden demasiado abstracto, sobre todo para aquellos que viven apegados al orden de los sentidos y de la imaginación. El modelo se hace carne, se hace hombre, para ser seguido por todos ellos que, de otra manera, no encontrarían en camino.

El tema de la reforma es esencial, porque la reforma moral, desde esta perspectiva, no puede pensarse sino dentro de los parámetros de la imitación: dejar de lado el deseo de ser imitado – y de imitar, sobre todo a aquellos que, como se describe a propósito del contagio, tienen una imaginación fuerte para arrastrarnos– y seguir el camino del buen modelo. La reforma no es sino un cambio en la relación con la imitación y con el modelo; se trata, pues, de una reforma mimética, cuyos ecos, a pesar de la distancia, pueden escucharse en las páginas que concluyen *Mentira romántica y verdad novelesca* de Girard (Girard, 1999: 334). Esta reforma sobre el modelo de Jesucristo en clave mimética no puede entenderse sino a la luz de otra forma de imitación que presentaremos a continuación.

En el *Traité de morale*, a pesar de la afirmación de Jean-Pierre Osier, la imitación tiene un lugar considerable dentro de la moral malebranchiana. La afirmación tajante de Osier en sus notas, llegando a comparar a Malebranche con Kant en lo que a ausencia de imitación en la moral se refiere, parte de una distinción entre las formas de amor. Malebranche desarrolla a lo largo del tratado dos formas de amor: una, de unión que, entre otras cosas, sirve para explicar el amor a Dios; la otra, de caridad o de benevolencia <*bienveillance*>, que sirve para dar cuenta del amor con el prójimo (Malebranche, 1995: 223). Sin embargo, cuando Malebranche teoriza abiertamente estas formas de amor introduce una tercera que no había aparecido hasta ahora relacionada con el modelo a seguir. Sostiene Malebranche que hay tres tipos de amor: entre el primero, de unión, que consiste en "s'unir de volonté" con el objeto que produce nuestra felicidad y el tercero, que es el amor de benevolencia hacia el prójimo, cabe destacar otro tipo, llamado "amor de conformidad" <*amour de conformité*>. Este amor de conformidad, sostiene Malebranche, consiste en "ajustarse a alguien como modelo, o a la regla de la propia perfección" (Malebranche, 1995: 257). Comentando esta distinción Osier declara la ausencia de mimetismo en la moral malebranchiana afirmando que "de hecho no es nada, ya que Malebranche disocia inmediatamente el amor de conformidad, debido al Orden, de la ley divina y de Jesucristo" (Malebranche, 1995: 411). Esta disociación inmediata de la que habla Osier es el hecho de que Malebranche añade en el mismo párrafo que "el amor a la conformidad sólo se debe a la ley divina, al Orden inmutable" (Malebranche, 1995: 257).

En el *Traité de Morale*, hay una distinción implícita entre dos formas de acercarse a Dios, una siguiendo el Orden, con mayúscula, de la creación divina, que nos llevaría, siempre de la mano de la razón, a amar a Dios sobre todas las cosas y establecer códigos de conducta conformes a los preceptos divinos; la otra, una moral imitativa, basada en la conducta inspirada en un modelo sensible, generalmente Jesucristo que inspira una conducta adecuada, análoga a la de la razón, sin ser completamente racional. Las dos vías, a pesar de la superioridad de una sobre la otra, son operativas, aunque la segunda, por no apoyarse completamente en la razón, podría describirse en los términos que Alexandre Matheron, en un marco no tan lejano como podría parecer, utilizaba para dar cuenta de la religión en Spinoza: "la salvación de los ignorantes" <*le salut des ignorants*> (Matheron, 1971). En el párrafo en cuestión, Malebranche pone de

manifiesto una tensión entre las dos vías complementarias y, con una radicalidad que contrasta con otros pasajes, parece descalificar la segunda vía, la mimética.

Ninguna criatura es capaz de actuar en nosotros: nadie puede ser nuestra ley viva ni nuestro modelo perfecto. Incluso Jesucristo, aunque impecable, aunque encarnación de la Razón, hizo cosas que nosotros no debemos hacer: porque las circunstancias no son las mismas, nos las prohíbe la Razón inteligible, ley inviolable, modelo indispensable de todas las inteligencias (Malebranche, 1995: 257).

A la luz de este texto, Osier considera que la vía mimética está cerrada en la moral malebranchiana. A ello se suma el hecho de que el amor de conformidad, en muchos casos, se refiere al orden inamovible (Malebranche, 1995: 261). ¿Hasta qué punto la imitación al modelo Jesucristo, sobre la que Malebranche insiste a lo largo de su obra, queda denegada por este pasaje?

La imitación de Jesucristo es una constante en el *Traité*. Por ejemplo, en el tercer capítulo de la segunda parte, Malebranche, en mayúsculas, afirma que “Sólo tenemos un AMO, EL PROPIO JESUCRISTO que nos esclarece con la evidencia de sus luces cuando entramos en nosotros mismos” (Malebranche, 1995: 233). Este pasaje, más que negar el papel de la imitación, no hace sino establecer explícitamente, por contraste, la jerarquía entre las dos vías: la vía racional, que lleva al amor de Dios mediante el conocimiento del Orden inmutable es superior a la vía mimética, a la vía que consiste en la imitación de un modelo sensible, aunque este modelo sea el mismo Jesucristo. El modelo Jesucristo no deja de ser válido; sin embargo, puede ser mal imitado: por ejemplo, tomar como modelo a Jesucristo puede conllevar querer reproducir su pasión o sus milagros, lo que sería una herejía. La Razón, en este pasaje, aparece como un criterio no solo para discernir entre el buen modelo de los malos modelos – pues ya tenemos al buen modelo, a Jesucristo– sino para separar las buenas imitaciones, las que corresponden a la moral, de las malas, que no son sino una reafirmación, a partir de la imitación, de las exageraciones del amor propio. La Razón prohíbe las malas imitaciones, las imitaciones condenables, seleccionando las buenas y alejando las malas. Eso no quiere decir que la imitación a Jesucristo deje de ser válida; quiere decir únicamente que la manera de imitar a Jesucristo tiene que ser conforme a los criterios de la razón, que no toda forma de imitación de Cristo es válida. De ello da cuenta Malebranche en el cuarto capítulo de la segunda parte del tratado que dice así: “pero la vida de JESUCRISTO no es nuestro modelo sino porque está conforme al orden, nuestro modelo indispensable y nuestra ley inviolable” (Malebranche, 1995: 244). La vida de Cristo es modelo, sin duda; pero lo es por estar conforme al orden. Hay que recalcar que el orden, en el pasaje, es llamado “nuestro modelo indispensable”. Con ello aparece la pista de que el mimitismo no se da únicamente con relación al modelo empírico, Jesucristo, sino que puede englobar también la otra vía expuesta por Malebranche, la del amor a Dios por el conocimiento del Orden divino.

Esta pista cobra sentido a partir de la expresión, repetida a lo largo del tratado, de hacerse semejantes a Dios. Dios nos ha creado para estar en relación con él (“*lier avec lui une société éternelle*”) teniendo “comunicación de pensamientos y de deseos, y con ello volviéndonos semejantes a él <*lui devenir semblables*>” (Malebranche, 1995: 230-231). Este “*devenir semblables*” a Dios es en realidad la máxima de la moral malebranchiana:

Sólo seremos verdaderamente semejantes a Dios cuando, absortos en la contemplación de su esencia, estaremos plenamente imbuidos de sus luces y de sus placeres. Pero eso es lo que debemos procurar. Eso es lo que la fe nos da derecho a esperar; a eso nos conduce (Malebranche, 1995:215).

Nuestra máxima aspiración consiste en ser semejantes a Dios, lo que conlleva a considerar que Dios es el modelo al que, para devenir semejantes, hemos de imitar. El término “modelo”, en Malebranche, no se utiliza únicamente para el modelo sensible, Jesucristo, sino también para Dios, el Dios creador del mundo y del hombre, el Dios que sostiene el Orden divino sobre el que se asienta la virtud.

El orden inmutable y necesario exige que la creación dependa del Creador, que cada expresión se relacione con su modelo, y que el hombre, hecho a imagen de Dios, viva sujeto a Dios, unido a Dios, semejante a Dios en todo lo posible: sujeto a su poder, unido a su sabiduría, perfectamente semejante a Él en cada movimiento de su corazón (Malebranche, 1995: 213).

Para llegar a esta forma de imitación es necesaria una reforma del amor propio en la que se corrige la desviación del pecado para orientarse hacia Dios. El tema de la reforma, que es una constante en la filosofía moderna, cobra un nuevo sentido desde esta perspectiva; no sólo la reforma en Jesucristo es mimética, sino también la reforma interior, la reforma acorde a la razón y al orden, la reforma que consiste, en definitiva, en adoptar como modelo a Dios.

## 5. Reforma del mimitismo

Para comprender la reforma de sí mismo, es necesario detenerse en el concepto de amor propio <*amour-propre*>: ¿puede reformarse el amor propio, fuente del pecado? O dicho de otra manera, es posible que el amor hacia Dios tenga la misma fuente que el amor hacia los placeres y la corrupción? Ello implica que, si

este amor es el mismo, nada impide que la tendencia a la concupiscencia pueda ser corregida y dirigida hacia Dios y el Orden, objeto de la moral malebranchiana.

La cuestión del amor propio ha sido uno de los temas más polémicos del malebranchismo, como muestra Elena Muceni al restituir la polémica entre Malebranche y François Lamy en torno a este concepto (Muceni, 2020:268-288). En Malebranche, la expresión “*amour-propre*” tiene una doble significación, distinguidas en *De la Recherche de la Vérité*: por un lado, el amor de la grandeza, por otro el del placer; en otros términos, el amor al ser <*être*> y el amor al bienestar <*bien être*> o felicidad (Malebranche, 2006a:39). Esta distinción es sin embargo más confusa en el *Traité de Morale*, como señala Muceni, pues en ciertos pasajes Malebranche parece confundirlos (Muceni, 2020: 268-288). Es para distinguirlos que Malebranche habla de un *amour propre éclairci*” (Malebranche, 1995: 342) que nos lleva a unirnos con Dios. La modificación del amor propio es, pues, el núcleo de la reforma malebranchiana: pasar del amor propio ciego, apegado a la concupiscencia, al amor propio “esclarecido” <*éclairci*>.

La reforma de sí mismo es el eje de la segunda parte del *Traité de morale*: “reformémonos según nuestro modelo: se hizo semejante a nosotros para hacernos semejantes a él. Ahora está a nuestro alcance”, pues está “ante nosotros [...] en medio de nosotros; entremos en nuestro interior para consultarle; siempre nos está llamando” (Malebranche, 1995: 345). La reforma se juega en términos miméticos, en frente de un modelo que, interpelándonos, solicitándonos, nos introduce en una dialéctica particular: el modelo se hace semejante a nosotros (Cristo se hace hombre), para que nosotros, a su vez, nos hagamos semejantes a él. Esta proximidad, esta semejanza funciona dispositivo de interpelación: el modelo está encarnado, delante de nosotros, entre nosotros; es como nosotros, un semejante; por ello que debemos seguirlo.

La cuestión de la reforma, presentada como reforma interior, no puede desligarse de una especie de vuelta sobre sí mismo, de un reencuentro con la interioridad propia. La interioridad, asociada a la razón, es el espacio que, en Malebranche, se asocia con lo propio y con Dios en oposición a una exterioridad alienante cuyo paradigma es el pecado, el amor propio y el contagio. Recordemos que Malebranche describe el contagio como la incapacidad, por el efecto seductor de las imaginaciones fuertes, para entrar en sí mismo (Malebranche, 1995: 198). La tensión entre exterior e interior es una de las claves de lectura del tratado: lo interior, asociado a la vuelta sobre sí mismo, es el ejercicio propio de la razón que nos permite no sólo encontrarnos a nosotros mismos, al Orden eterno y al amor de Dios, sino desprendernos del mundo vacío de la imaginación y sus ilusiones alienantes.

Sólo aseguramos nuestra felicidad en la medida en que nos reformamos según nuestro modelo. Todos nuestros juicios verdaderos y todos nuestros movimientos regulados, todos los deberes que debemos a la sabiduría, al poder y al amor divino, son otros tantos rasgos que nos reforman según nuestro modelo: y la disposición habitual a formar estos juicios y estos movimientos es la verdadera perfección de la criatura (Malebranche, 1995: 249).

La reforma como vuelta sobre sí (“*rentrer en nous-mêmes*” (Malebranche, 1995: 245)), como la recuperación de un espacio interior, se produce paradójicamente desde el exterior, desde el afuera de un modelo sensible. Esto conlleva a una suerte de indecibilidad entre lo externo y lo interno, como si en el fondo, lo más interno de nosotros, nuestra razón, se hubiera encarnado en esa figura externa y sensible que es Jesucristo y que gracias a él pudiéramos, desde su exterioridad, acceder y recuperar nuestra propia interioridad alienada en el pecado:

También es verdad que el Padre y el Hijo tienen su propio amor mutuo, pero sólo Dios es únicamente su propio bien y su propio ser. Pero, como no podemos ser nuestra propia Razón, la luz no puede ser una emanación natural de nuestra sustancia; y como no determinamos por nosotros mismos ni nuestro bien ni nuestra ley, todo el movimiento que tenemos debe venir de otra parte y llevarnos a otra parte, unirnos a nuestro bien y conformarnos a nuestro modelo (Malebranche, 1995: 248).

Se produce, con ello, un efecto paradójico a la hora de dar cuenta de la exterioridad del modelo: por un lado, la exterioridad es la causa de los males, pues asociada al contagio, nos impide “volver a sí mismo” <*crentrer en soi-même*> (Malebranche, 1995: 198.) en el espacio interno de la razón; por otro lado, la exterioridad es aquello que nos permite acceder a nuestra interioridad propia. ¿Cómo entender pues esta exterioridad tan particular, que no aliena sino que salva? Como el dispositivo mimético que permite hacer un pliegue hacia nosotros mismos: desde el modelo Jesucristo se produce una vuelta sobre sí mismo, un retorno a sí mismo en el que se produce la conducta adecuada.

A la luz de la reforma, la exterioridad, y con ella la imitación, aparece como una especie de *pharmakon* derridiano, lo que condena y lo que salva, lo que aliena y lo que emancipa; la distinción entre las dos se mide por los afectos de un pliegue que, o bien, al dejarse penetrar, excluye todo espacio interno, como ocurre en el contagio, al introducir el veneno de lo ajeno y el deseo descarrilado de imponerse como modelo para los demás; o bien, al dejarse penetrar, recrea la vuelta sobre sí mismo propia de una racionalidad desplazada en la figura interna del modelo-bisagra que nos permite plegarnos sobre nosotros mismos.

## 6. Conclusión

Una concepción mimética de la moral, que no es sino la adopción de un orden de valores y de conductas siguiendo al modelo divino, no es original de Malebranche, pues es uno de los tópicos de su época. Por no citar nada más que dos ejemplos, puede mencionarse el caso de Spinoza, especialmente la descripción del modelo que da en su prefacio a la cuarta parte de la *Ética*, descripción que se complementa, desde otro ángulo, con la presentación, en el *Tratado teológico político*, de “imitación de Dios”. El modelo se hace imitar y seguir y al hacerlo estructura una axiología determinada, una moral, estableciendo qué es lo bueno y qué es lo malo. Detrás de la moral mimética malebranchiana, que consiste en adoptar como modelo axiológico y comportamental la figura humanizada de un Dios encarnado, se esconde la cuestión interesante de la reforma. Esta reforma no puede ser pensada sino como una ética de la imitación. Hay por ello que distinguir una ética de la imitación, que no se acaba de formular, pero que se esboza, en *passant*, en ciertos extractos, de una moral de la imitación.

La moral mimética consiste en la adopción de valores y de comportamientos que provienen de un modelo divino al que, al imitarlo, nos parecemos; la ética, sin embargo, se da en el momento anterior, en el momento de la reforma, esto es en el momento en el que los hombres, apegados al orgullo mimético, al deseo de ser imitados por los otros para sentirse como dioses, pero también al placer de imitar, como ocurre en la comedia, son capaces de desplazar el modelo de conducta hacia Jesucristo. La ética no es sino la reforma de una imitación al pasar de una exterioridad alienante, la del orgullo y el pecado, a una exterioridad salvadora, la que permite la vuelta sobre sí mismo. Este proceso de transformación, lento y difícil, sobre el que Malebranche apenas insiste, salvo cuando quiere ponerlo de manifiesto, es la clave de toda moral. La ética y la moral, en Malebranche, son inseparables, pues se trata de las dos caras de la misma moneda.

El corazón del *Traité de morale* es el proceso de subjetivación por el que se produce el retorno sobre sí mismo cuya originalidad, comparado con otras formas de retorno sobre sí, como por ejemplo, el ligado a la interpellación althusseriana (Butler, 2001: 129), es que no puede pensarse sino dentro de un marco especular donde el hombre se contempla ante el modelo semejante, Jesucristo, como ante un espejo de vida humana. Reconociéndose en el semejante, el hombre acaba asemejándose al semejante, no ya bajo la forma de una tensión mimética – como “*modèle du modèle*”, por utilizar la expresión girardiana– sino más bien como imitador, como aquél que, dejándose penetrar por el otro, por el modelo, se encuentra a sí mismo en la alteridad del modelo.

Esta reforma mimética puede compararse con la que propone Girard en alguno de sus trabajos. Girard concluye en *Mentira romántica y verdad novelesca* afirmando que “el amor propio proustiano engendra la imitación y nos hace vivir al margen de nosotros mismos” (Girard, 1999: 334), separación comparable a la que describe Malebranche cuando habla de contagio. Sin embargo, para Girard, “la imitación de Cristo es esta cercanía que nos pone a distancia” (Girard, 1999: 214) y que, al mismo tiempo nos aproxima a nosotros mismos, reconciliándonos con nosotros mismos y con los otros al hacernos salir de la dialéctica de la violencia mimética. Esta tensión entre una distancia y una proximidad a partir del mediador Cristo se asemeja a la indecidibilidad constitutiva del espacio interno malebranchiano en el que el individuo, para volver sobre sí, no hace sino, como diría Yves Citton a propósito de Gabriel Tarde y Spinoza, “salir de la imitación por la imitación” (Citton, 2008: 129). En esa salida, que es una entrada, se juega el proyecto moral de Malebranche.

## 7. Referencias bibliográficas

- Butler, J. (2011): *Mecanismos psíquicos del poder*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Carbone, R. (2007): *Infini et science de l'homme, l'horizon et les paysages de l'antrhopologie chez Malebranche*. Paris-Nápoles: Vrin-La città del sole.
- Citton, Y. (2008): “Esquisse d'une économie politique des affects” in *Spinoza et les sciences sociales. De la puissance de la multitude à l'économie des affects*. Editado por Yves Citton y Frédéric Lordon. Paris: Éditions Amsterdam.
- Delaurenti, B. (2012): “Jalons pour une histoire de la “compassio”: controverses philosophiques et médicales sur la contagion du bâillement au XIV<sup>e</sup> siècle” in *Recherches de théologie et philosophie médiévales*, Vol. 79, No. 1.
- Descartes, R. (1992): *Méditations métaphysiques*. Paris: Flammarion.
- Descartes, R. (1998): *La querelle d'Utrecht*. Paris: Les impressions nouvelles.
- Descartes, R. (2003): *Règles pour la direction de l'esprit*. Paris: Vrin.
- Descartes, R. (2018): *Traité de l'homme*. Paris: Flammarion.
- Foucault, M. (1966): *Les mots et les choses*. Paris: Gallimard.
- Gallotti, C. (1994): “Le voile d'honnêteté et la contagion des passions”, in *Terrain*, 22.
- Girard, R. (1961): *Mensonge romantique et vérité romanesque*. Paris: Hachette littératures.

- Girard, R. (1990): *La violence et le sacré*. Paris: Hachette Litteratures.
- Gracián, B. (1967): *El Héroe*, in *Obras completas*. Madrid: Aguilar.
- Guérout, M. (1997): "Animaux-machines et cybernétique" in *Études sur Descartes, Spinoza, Malebranche et Leibniz*. Zürich/New York: OLMS, Pp. 33-40.
- Hobbes, T. (1985): *Leviathan*. Londres: Penguin Classics.
- Hume, D. (2015): *Teatrise of human nature*. Mineola, NY: Dover Philosophical Classics.
- Koch, E.R. (2009): « La contagion des passions, de Descartes à Malebranche », *Littératures classiques*, N° 68, Pp.177 à 188.
- La Forge, L. (1999): *L'homme de René Descartes*, Paris : Fayard, Corpus des oeuvres de philosophie en langue française.
- La Rochefoucauld (2002): *Réflexions ou Sentences et Maximes morales*, Honoré Champion, Paris.
- Malebranche, N. (2006a): *De la Recherche de la Vérité*. Paris: Vrin.
- Malebranche, N. (2006b): *Éclaircissements sur la recherche de la vérité*. Paris: J. Vrin.
- Malebranche, N. (1995): *Traité de Morale*. Paris: Flammarion.
- Malebranche, N. (1922) *Entretiens sur la métaphysique et sur la religion*. Paris: Librairie Armand Colin.
- Malebranche, N. (1923) *Traité de l'amour de Dieu : en quel sens il doit être désintéressé*, suivi des *Trois lettres au P. Lamy*. Lyon: Editions Bossard.
- Matheron, A. (1971): *Le Christ et le salut des ignorants*. Paris: Aubier.
- Montag, W. (2007): "Imitando los afectos de las bestias: interés y humanidad en Spinoza", in *Youkali*, 4.
- Muceni, E. (2020): *Malebranche et les équilibres de la morale*. Paris, Classiques Garnier.
- Nicole, P. (1998): *Traité de la Comédie*. Paris: Honoré Champion.
- Moreau, D. (2004): *Malebranche*. Paris: Vrin.
- Smith, A. (2009): *The Theory of Moral Sentiments*. Londres: Penguin Books.
- Spinoza, B. (2020): *Ética*. Madrid: Editorial Trotta.
- Walton, C. (1972): *De la Recherche du Bien: A Study of Malebranche's science of Ethics*. La Haya: Nijhoff.